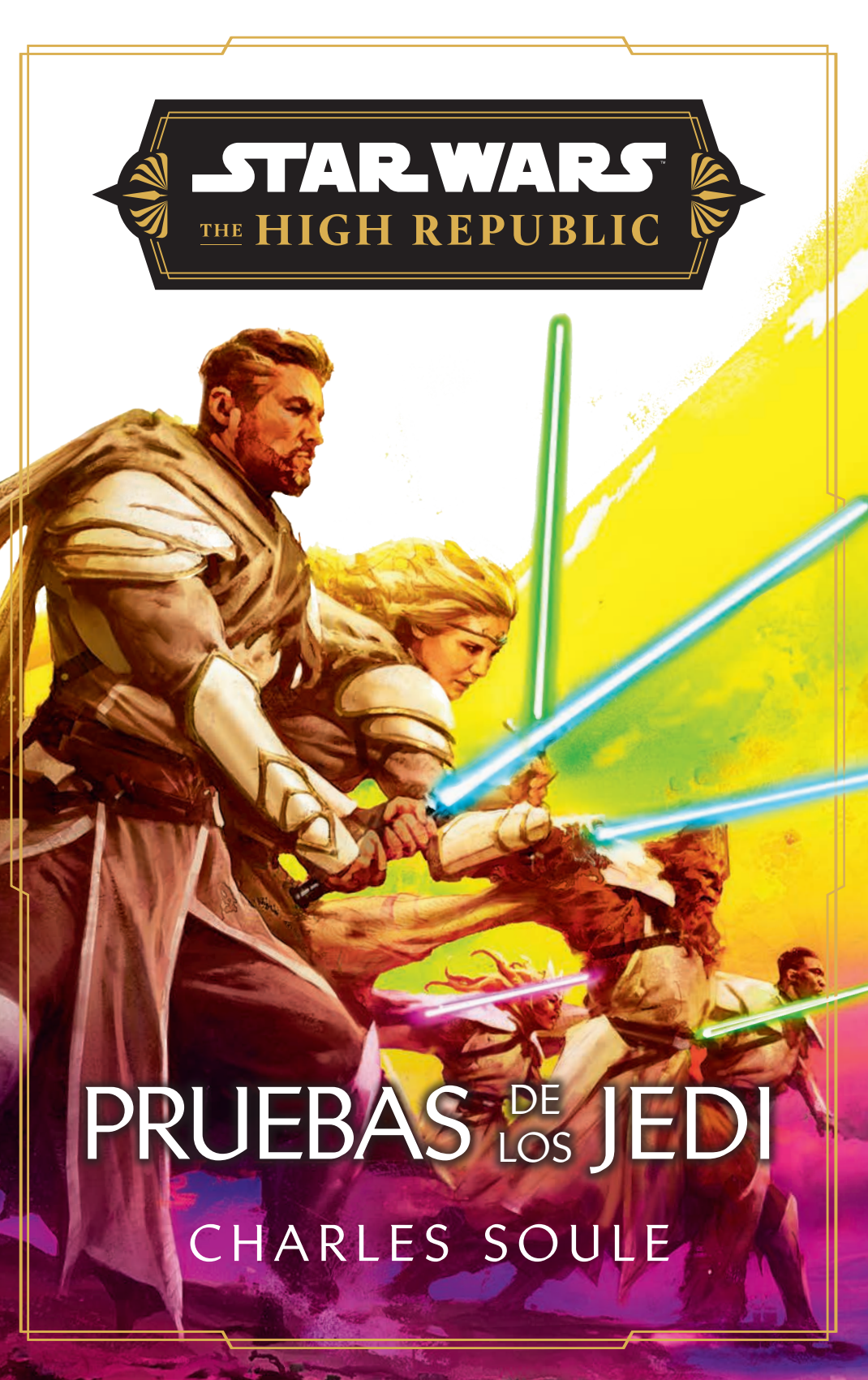


The background of the cover is a dynamic illustration. In the foreground, a man with a beard and a woman are shown in a close-quarters combat stance. The man is on the left, wearing a brown and tan robe, and the woman is on the right, wearing a similar robe with a white gauntlet. They are both holding a glowing blue lightsaber. In the background, other Jedi are visible, including a man with a beard and a woman with a headband, both holding lightsabers. The scene is set against a bright yellow and orange background, suggesting a sunset or a battle scene. The entire cover is framed by a thin gold border.

STAR WARS

THE HIGH REPUBLIC

PRUEBAS DE LOS JEDI

CHARLES SOULE



PRUEBAS DE LOS JEDI



Charles Soule

 Planeta Cómics

Disney · 

STAR WARS: HIGH REPUBLIC – PRUEBAS DE LOS JEDI.

STAR WARS: HIGH REPUBLIC – TRIALS OF THE JEDI

© & ™ 2025 Lucasfilm Ltd.

All rights reserved. Published by Disney • Lucasfilm Press, an imprint of Disney Book Group.

Publicado en España por Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© por la traducción: Albert Agut 2025

ISBN: 978-84-1161-962-2.

Depósito legal: B. 5.857-2025 (10361022).

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en:

www.planetacomic.com

Web: www.planetacomic.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Twitter/YouTube: @PlanetadComic



CAPÍTULO UNO

EL TEMPLO JEDI

Bree se adentró en la oscuridad, donde se suponía que no debía estar, como siempre le habían dicho.

Tenía solo nueve años y era miembro de la Orden Jedi, una de las mayores del grupo de estudiantes más pequeños que entrenaban en el gran Templo Jedi de Coruscant, los bien llamados «iniciados».

Bree bajó otro escalón y se detuvo a mirar atrás. A su espalda vio un gran arco de luz que alumbraba el camino de vuelta a las plantas centrales del Templo. Quería volver... con sus amigos, sus estudios, el sol, la luz...

Pero tenía una misión. Suspiró, volvió a concentrarse en las escaleras y siguió adelante.

Las escaleras eran antiguas. Todo en el Templo Jedi era antiguo, aunque no lo pareciera. Los droides de mantenimiento lo tenían todo bien limpio y reluciente. Pero aquellas escaleras eran distintas. Estaban medio rotas por los bordes y había restos de polvo y tierra, incluso bichos muertos. A ella no le importaban los bichos. A diferencia de su amiga Toko. Las criaturas eran criaturas, grandes o pequeñas.

La escalera descendía y descendía, alumbrada por unos globos lumínicos colgados de la pared. Generalmente, los Jedi no necesitaban luz para esas cosas, la llevaban con ellos, pero instalaron los globos cuando vieron claro que tendrían que usar aquel camino más a menudo.

«¿Hace más calor aquí?», se preguntó Bree.

Puso una mano en la pared. Sí, no eran imaginaciones tuyas. La pared estaba caliente, no como una llama... sino como un trozo de piedra bajo el sol en una de las diversas terrazas del Templo, mucho más arriba. Pero allí abajo, tan abajo, no llegaba el sol.

Bree apartó la mano y frunció el ceño.

Siguió descendiendo, cada vez más deprisa, deseando acabar con su tarea.

«No tendrían que encargarme esto a mí», pensó. «Todos son mucho más fuertes y mayores que yo. Soy una niña. Podrían haber buscado otra solución».

Pero no había otra solución. Bree era una niña, eso era cierto, pero tenía ojos y oídos. Los Jedi mayores andaban demasiado atareados con la terrible crisis que estaba sufriendo su Orden. Los Caballeros Jedi estaban...

«Muertos», pensó. «Asesinados y devorados por esos monstruos. Los Sin Nombre».

No era un buen pensamiento para tener a aquella profundidad del Templo, mientras bajaba una escalera que se estrechaba por momentos, como si se le echase encima, mientras las paredes cambiaban de los bloques de piedra mal tallados a una roca que parecía que se hubiese derretido y después congelado, como si alguien le hubiese hecho daño.

Bree tenía un mensaje importante que dar y debía hacerlo en persona. Desde tan abajo, los comunicadores no podían contactar con la superficie. Los droides eran demasiado lentos y la Orden tampoco disponía de tantos. Y los que tenía también estaban ocupados en tareas importantes.

¿A quién iban a enviar? A los Jedi que no valían para otras cosas, los iniciados.

Bree no tenía miedo. Era valiente. La Orden le había enseñado a serlo. Pero no veía nada de malo en apresurarse un poco. De hecho, no veía nada malo en echar a correr.

La joven Jedi bajó las escaleras a la carrera, saltando los escalones de dos en dos, cada vez más segura de que algo la perseguía, algo con zarpas afiladas que chasqueaban al ritmo exacto de sus pasos. Cuando llegase al final de la escalera, no encontraría a nadie para ayudarla y el monstruo estaría allí. Solo encontraría las blancas estatuas de piedra de los antiguos Jedi y la atraparía y...

Aterrizó con fuerza al pie de la escalera, tropezó, se cayó y resbaló por el suelo, notando que se raspaba las palmas de las manos y las rodillas.

—¡Ah! —gritó.

Se quedó tumbada boca abajo en el suelo sucio, que no estaba templado sino caliente. Respiró hondo y recurrió a las técnicas que le habían enseñado para contener el dolor y el miedo. Encontró la Fuerza, que consideraba una amiga que la podía ayudar a hacer cosas increíbles si encontraba la manera correcta de pedir las. Pero, en ese momento, se veía incapaz de encontrar la concentración necesaria para pedirle nada a la Fuerza, aunque la reconfortaba el mero hecho de saberla allí.

«Eres una Jedi», pensó. «Levántate, chica».

Se incorporó y se sacudió el polvo de las manos y las rodillas. Miró hacia un pasillo poco iluminado que se abría al pie de las escaleras y vio luz al fondo.

«Ya está. Casi he llegado».

Echó a andar por el pasillo, pero llegó al final corriendo. Daba a una sala más espaciosa de la misma piedra de toda la zona, que casi parecía brillar con luz propia.

La Fuerza también estaba presente allí. Podía sentirla, muy intensa. Seguía pareciéndole una amiga, pero de las que siempre tienen malas ideas, las que intentan enrolarte en aventuras que acabarán metiéndote en líos. No le gustó.

Al fondo de esta sala había una puerta alta y ancha de metal oxidado, pesada como un plafón de una nave espacial, abierta.

Ese era su destino, justo lo que le habían dicho que encontraría.

Dentro habría más gente, al fin. Se dio cuenta de lo sola que se había sentido durante el largo y lento descenso. Lo había odiado, aunque le habían insistido infinidad de veces en que no debía odiar nada.

La sala que había tras aquella puerta era bastante grande. Estaba prácticamente vacía, excepto por los Jedi, gran cantidad de Jedi. La mayoría estaban sentados en el suelo en círculo, con los ojos cerrados y claramente concentrados. Una especie de zumbido emanaba de ellos, aunque no era un sonido, exactamente. Más bien era una sensación. Bree pensó que era obra de su amiga.

No veía qué había en el centro del círculo, pero lo sabía. La habían avisado. Era la comidilla entre todos los iniciados, aunque ninguno la había visto. Se conocía como la Plaga y era otro monstruo, tan malo como los Sin Nombre y más terrorífico todavía.

No todos los Jedi estaban meditando en el círculo. Había algunos sentados con la espalda apoyada en la pared o tumbados en el suelo, dormidos, usando partes de sus túnicas blancas y doradas como almohada. A Bree la entristecía un poco ver lo sucias que estaban las túnicas allí abajo. Arriba todo estaba siempre pulcro y bonito.

Se miró y vio que su túnica no estaba mejor. En realidad, estaba más sucia por culpa de la caída.

Algunos de los Jedi que descansaban estaban sentados sobre cajas, bebiendo agua o comiendo barritas nutritivas, mientras charlaban. Bree no conocía sus nombres. Desde que el Consejo había implementado los Protocolos Guardián y había ordenado el regreso de todos los Jedi de los puestos avanzados del Borde Exterior, había demasiados para saberse todos los nombres.

Vio una humana de pelo largo castaño y piel clara junto a un twi'lek con una lekku de hermoso azul que colgaba de su cabeza.

La humana la vio.

—Iniciada —dijo, en un tono de leve preocupación, pero cordial—, no deberías estar aquí. Este lugar es peligroso.

—Me han enviado —respondió Bree—. Me envían... de arriba.

Se volvió y señaló por donde había venido, sintiéndose estúpida.

—Entiendo —dijo el twi'lek—. ¿Traes un mensaje del mundo de la superficie para los moradores del subsuelo, jovenzuela?

—Venga, Stalwick, ¿no ves que la chiquilla no está para bromas? —le reprochó la Jedi.

—Mis disculpas, Maestra Byre. Solo intentaba... bueno, relajar un poco el ambiente.

«Oh, supongo que era una broma», pensó Bree.

—Debo encontrar al Maestro Yoda —les dijo—. Tiene que ver una cosa.

La expresión del twi'lek se endureció ligeramente. No frunció el gesto, fue más bien como esas caras que ponían sus profesores antes de hacer alguna demostración de algo realmente complicado en la Fuerza. Una cara como de anticipación.

Los dos Jedi se miraron. Se levantaron y tocaron el hombro de otros dos Jedi que también se levantaron, visiblemente cansados, muy cansados.

—Necesitan a Yoda arriba —dijo la Maestra Byre—, tenemos que sacarlo.

Los otros Jedi no respondieron, aceptaron la situación, y los cuatro fueron hacia el círculo de meditación. Se buscaron un sitio, se sentaron, cerraron los ojos y el extraño zumbido que Bree oía con sus sentidos en la Fuerza se intensificó.

Pero eso no fue todo. Cuando los Jedi se movieron para dejar sitio a los recién incorporados, el círculo se abrió lo suficiente para que Bree pudiera ver lo que había en su centro.

A su pesar, lanzó un grito ahogado. A pesar de todo su entrenamiento y el trabajo que habían hecho sus profesores para ayudarla

a apartar el miedo, tenía nueve años y, al ver la muerte a cinco metros, separada de ella solo por unos Jedi que parecían estar empleando todas sus energías para contenerla... sí, tuvo miedo.

«Es la Plaga», pensó. «La Plaga está aquí mismo. ¡Bajo el Templo!».

Era un trozo de tierra gris blanquecina, polvorienta y muerta. Lo contrario de una flor, una mariposa, cualquier cosa viva o una amiga.

Contaban que no había manera de detenerla. Que devoraba y devoraba, mataba todo lo que tocaba, transformándolo en más Plaga. Y allí estaba, a una escalera de distancia de todos sus conocidos, de todo lo que quería. Los Jedi la contenían, pero parecían exhaustos.

«¿Hasta cuándo la podrán contener? No será eterno».

Contaban que no había manera de detener la Plaga.

Sintió que brotaban lágrimas de sus ojos. Aquello era demasiado.

Uno de los Jedi de descanso fue hacia el círculo, rumbo a una figura menuda, la más pequeña de todos. La piel verde clara, la cabeza pelada excepto por unos pocos mechones canosos, grandes orejas puntiagudas... Bree lo conocía, como todos los Jedi. Era Yoda. Todos los iniciados de la Orden habían aprendido lecciones importantes con el venerable Gran Maestro. Tenía varios siglos de edad, pero seguía buscando un momento para cada niño que llegaba a la Orden.

Yoda sonreía. Tenía los ojos cerrados y su cara irradiaba paz. Cuando el otro Jedi le tocó ligeramente el hombro, su sonrisa se esfumó como el humo de una vela recién apagada. Yoda se levantó poco a poco, ayudado por el otro Jedi. Bree oyó un gruñido que emanaba del círculo de Caballeros y Maestros. Sus cuerpos se revolvieron, como si notasen un aumento del peso. Bree lo entendió.

«Han hecho falta cuatro para remplazar a Yoda».

Este sacudió levemente la cabeza, como aclarándosela tras un sueño profundo. Levantó la vista hacia Bree y fue cojeando

hacia ella, poco a poco. Bree no quería acercarse a la Plaga, pero fue hacia Yoda. Y cuando este tropezó, allí estaba ella para sostenerlo.

No pesaba nada. Parecía un bebé.

Lo ayudó a recuperar el equilibrio y Yoda le sonrió.

—Gracias, Bree —le dijo.

Echó un vistazo a la cueva, hasta que vio un trozo de madera torcido y corto doblado por una punta para usarlo como una especie de mango, levantó una diminuta mano verde y el palo voló hasta su palma abierta. Apoyó la otra punta en el suelo y se inclinó hacia delante, poniendo el peso sobre el improvisado bastón.

Emitió un ruidito de incomodidad, una especie de risita gruñona.

—Es una lesión del pasado —le explicó—. Por estos esfuerzos agravada. Estaré bien. Preocuparte no debes.

Bree no sabía si le hablaba a ella o para sí mismo.

«Se lo ve viejo», pensó con repentina tristeza. «Sé que lo es, pero nunca lo ha parecido».

—¿A buscarme te envían? —le preguntó, mirándola con sus grandes ojos negros—. ¿El Consejo alguna razón te ha dado? Larga es la subida y mi trabajo aquí importante es.

—Lo siento, Gran Maestro Yoda —le respondió Bree—, no me dijeron mucho. Solo que la elección de los Nueve es inminente. Si puede ausentarse un momento aquí, pensaron que...

Yoda abrió mucho los ojos e hizo un ruido gutural, antes de empezar a andar hacia la salida de la cueva, con su bastón puntuando sus pasos sobre la piedra.

—Sí, allí debo estar —dijo—. Vamos, joven Bree. Este no es lugar para una iniciada.

Bree no podía estar más de acuerdo.

La canción de la Fuerza hablaba de terror y Avar Kriss no podía dormir. Estaba sentada en su habitación del Templo Jedi,

con la espalda apoyada en la pared de piedra y las piernas dobladas frente al pecho.

Al lado, en su cama, dormía Elzar Mann, con su pecho hinchándose y deshinchándose lentamente. Escuchaba su respiración y la canción.

Y pensaba en lo que oía. La Fuerza le llegaba como música y había aprendido a interpretarla como fuente de información, aunque podía ser engañosa. La Fuerza era parte de todo, por eso sus melodías resonaban en el insecto más diminuto con tanta complejidad como la propia galaxia. Llevaba más de tres décadas estudiando en el Templo Jedi y en ese tiempo había encontrado distintas maneras de calibrar sus percepciones, de entender lo que oía y lo que le decía. Casi siempre. A veces se enredaba, se perdía, apenas lograba ser ella misma y debía recuperar la concentración como podía.

Así era para todos los Jedi que usaban la Fuerza. Cada uno la experimentaba a su manera, pero su poder, profundidad y aliento, su majestuosidad... eran universales.

«¿Y qué estoy oyendo, entonces?», pensó. «Estas notas sinistras tejidas en la canción... ¿Son los Jedi del Templo? Podemos reprimir nuestros miedos cuando estamos despiertos, pero cuando dormimos... los sueños escapan a nuestro control».

«Es posible que Elzar discrepe», pensó, observando la apacible cara de este bajo la tenue luz que entraba por la ventana de su cuarto.

Últimamente pasaban juntos todas las noches que podían. Tenían el acuerdo tácito de que sus obligaciones con la Orden eran lo primero. La multitud de tareas y misiones que les encomendaban les hacían difícil coincidir en un mismo sitio durante mucho tiempo, así que intentaban aprovechar cualquier momento que la Fuerza les concediera para estar juntos.

Se acercaba el amanecer. Lo notaba. Suspiró. Otra noche sin dormir.

Una débil alarma sonó en el datapad que había sobre el pequeño y sencillo escritorio contiguo a la cama. Avar lo miró.

Había llegado un mensaje de máxima prioridad. Lo leyó y quedó petrificada, mientras un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—¿Qué pasa? —dijo Elzar en voz baja y pastosa por el sueño.

—Perdona —dijo Avar—. No quería despertarte.

—No lo has hecho —respondió él, volviéndose para mirarla. Apoyó un codo sobre la cama y se tiró de la barba oscura—. Ha sido el mensaje que has leído en el datapad, sea lo que sea. La sensación ha sido como si hubieran sumergido tu alma en agua helada.

Avar suspiró. Su conexión con Elzar era única. Amistad, amor y atracción ampliados por su poder en la Fuerza. No se podían leer la mente. No era nada parecido a la telepatía, sino como si la percepción normal de un Jedi de los estados emocionales ajenos se potenciase entre ellos. Lo que sentía uno lo sentía el otro. Ese vínculo se había reforzado desde que se habían permitido... ser lo que eran el uno para el otro.

Avar Kriss amaba a Elzar Mann y este la amaba a ella... era bastante sencillo y a la vez infinitamente complicado.

—He recibido un mensaje del Consejo Jedi —dijo, levantando el datapad—. Me piden que participe en una misión diseñada para lidiar tanto con la Plaga como con los Sin Nombre... pero no es una orden. Es una petición. Si no quiero, se lo pedirán a otro Jedi.

Elzar asintió.

—Lo hacen para que todos sintamos que tenemos la oportunidad real de negarnos, si queremos. La menor presión posible. Esa misión... ¿tan terrible es?

Avar volvió a mirar el datapad y leyó el mensaje. La descripción de la misión era sucinta, pero lo que explicaba...

—No estoy segura... de que nadie pueda salir vivo de ella —dijo—. Y el Consejo tampoco. Son muy claros al respeto. Saben lo que piden.

Elzar alargó la mano para apartarle un mechón de su pelo rubio y ponérselo tras la oreja, después puso una mano en su

mejilla, la apartó y la acercó al escritorio. La noche anterior había estado trabajando, investigando una técnica esotérica y casi olvidada de la Fuerza. Su datapad se elevó de la mesa y voló suavemente hasta su mano extendida.

Lo encendió sin decir palabra. Titubeó un instante, la miró y Avar supo lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—No he recibido nada.

Dejó el datapad sobre la cama y puso una mano encima. Una comisura de sus labios se alzó ligeramente, como si reconociera el escaso control que tenían sobre su propio destino. No había ninguna seguridad, excepto que no había ninguna seguridad.

Los dos Jedi se miraron. Allí estaba la prueba que ambos sabían que acabaría llegando, aunque mucho antes de lo que esperaban y mucho más rotunda. Una separación que Avar sabía que podía ser definitiva.

—Debes ir —dijo Elzar.

—Todavía no —contestó ella.

Llegó el amanecer, el sol se alzó sobre el horizonte y emitió una luz suave sobre su cuarto que le permitía ver claramente la cara de Elzar. Por muy Jedi que fuera, no quería que se marchase, no quería que aceptase aquella misión, no quería perder lo que habían encontrado contra todo pronóstico.

Y ella tampoco, por muy Jedi que fuera.

Sonó otra alarma, ahora en el datapad de Elzar. Este miró el aparato.

—Quizá alguien haya rechazado la misión —dijo—. O no envían todas las peticiones a la vez.

—¿Acaso importa? —preguntó Avar.

—En absoluto.

Sin más palabras, los dos apretaron un botón en sus datapads para confirmar que aceptaban la misión del Consejo. Al cabo de unos segundos recibieron otro mensaje, este con detalles más precisos sobre la reunión preparativa, su ubicación y momento, una hora después.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Elzar—. Deberíamos prepararnos.

—Todavía no —dijo Avar, acercándose a él.

Elzar Mann respiró hondo. El aire olía a naturaleza, terreno fértil y las plantas y flores que llenaban cada centímetro del suelo, excepto los caminos diseñados en bucles serpenteantes. Era una sala alta, con árboles que extendían los brazos hasta el techo y enredaderas que colgaban de ellos y las alacenas de la pared.

El techo era un gigantesco sistema de clima artificial diseñado para generar un ciclo completo día-noche para las plantas, parte de un sistema medioambiental global que podía incluso producir la lluvia constante y suave más idónea para las necesidades de la vegetación.

Era un gran jardín construido en el interior del Templo Jedi, un refugio escondido en el inabarcable paisaje urbano de Coruscant, un espacio donde encontrar el mundo natural dentro de un planeta que lo rechazaba con tanta aspereza. Lo llamaban la Sala de las Mil Fuentes y sí, también había fuentes de todos los tamaños que generaban una melodía burbujeante que a Elzar le hacía pensar en lo que oía Avar cuando se conectaba con la Fuerza. Él también lo había oído, la primera vez que se permitieron estar juntos. Y desde entonces, la canción de Avar no lo había abandonado.

Todos los caminos del jardín llevaban a un gran espacio central abierto, pavimentado con grava en patrones intrincados que cada mañana dibujaban los droides de mantenimiento. Sus rizos y espirales iban cambiando durante el día por el movimiento de los Jedi, un símbolo del orden transformado en caos y devuelto al orden antes del siguiente amanecer.

Elzar no envidiaba la tarea nocturna de aquellos droides. Los patrones en la grava se habían perdido, perturbados por los pasos de cerca de una docena de Jedi, reunidos allí por petición del Consejo.

Todos habían recibido el mismo mensaje. Todos sabían por qué estaban allí. La Plaga, los Sin Nombre o ambas cosas. El fin para los Jedi. El fin de todo.

Había ocho miembros del Alto Consejo Jedi presentes, congregados alrededor de un pequeño pedestal en el centro del espacio abierto. Sobre el pedestal había dos objetos: una vara metálica de medio metro aproximado de longitud con un disco ornamentado soldado en un extremo y una gran gema en el centro. El segundo objeto era un trozo de mineral cristalino que reflejaba la luz de maneras curiosas que a Elzar le habría gustado examinar más detenidamente.

Aquellos eran los ocho miembros del Consejo. En tiempos mejores habrían sido más. En el Consejo había doce puestos, pero cuatro seguían vacíos porque los tres Maestros y el Gran Maestro Jedi que los ocupaban habían fallecido. Hacía muchos siglos que no coincidían tantas bajas en el mismo momento.

El Maestro Adampo, la Maestra Ada-Li Carro y el Gran Maestro Pra-Tre Veter habían caído a manos de los Sin Nombre, aquellas bestias implacables que parecían haber evolucionado para contrarrestar los puntos fuertes de los Jedi.

El otro puesto vacío del Consejo era de Stellan Gios, que había tenido una muerte distinta.

«¿Cuánto tiempo lo ocupó?», se preguntó Elzar. «Hasta que los Nihil lo asesinaron, como asesinaron a tantos otros».

Se permitió recordar a Stellan un instante, su bondad y fuerza. Después apartó el pasado y regresó al presente. Miró a Avar, a quien la pérdida de Stellan le había afectado tanto como él. Antiguamente habían formado una especie de trío. Los inseparables «Revoltosos»... hasta que los separaron.

Un mechón dorado de Avar había escapado de la diadema que lucía, un regalo de Elzar que sustituía la que perdió en el tiempo que pasó tras las líneas enemigas, en la Zona de Oclusión Nihil. Elzar quiso recolocárselo, pero se contuvo. No le importaba lo que la gente pensase sobre él y sabía que a Avar tampoco... pero había momentos y momentos.

Echó un vistazo a los Jedi reunidos, todos enfundados en sus relucientes túnicas blancas y doradas. Los conocía a todos, un muestrario de lo mejor y más brillante de la Orden. Y no solo los miembros del Alto Consejo, Jedi extraordinarios por definición, sino muchos otros. Vio a Reath Silas y su antiguo Maestro, Cohmac Vitus; a Bell Zettifar y el wookiee Burryaga; los gemelos-lazo kotabi Terec y Ceret; el maestro espadachín Zaviel Tepp. Incluso algún no Jedi, pero que lo había sido, como la cazadora de monstruos tholothiana Ty Yorrick. Estaba sola y apartada de los Jedi, irradiando la sensación de que era formidable y muy hábil.

Elzar se alegró de verla. Ty era una especie de mercenaria, se ganaba la vida cazando grandes animales. Llevaba una espada láser, pero no era ni de lejos todo su arsenal personal. Habían colaborado varias veces y le parecía de fiar, llena de recursos y muy buena combatiente. Sospechaba que el Consejo le había pedido participar en aquello gracias a su recomendación, pero no estaba tan seguro de por qué habría aceptado ella. Había dejado la Orden de adolescente por motivos que parecían seguir vigentes. Elzar se dijo que debía encontrar un momento para preguntárselo.

También estaba Vernestra Rwoh. La joven Caballera Jedi lo saludó fríamente con la cabeza y él respondió con el mismo gesto.

«No le caigo muy bien», pensó.

Vernestra había sido padawan de Stellan Gios. A Elzar le entristecía haber tenido tanta proximidad con Stellan y ser incapaz de conectar con su estudiante más prometedora.

Aunque, en definitiva, la antipatía que sentía Vern hacia él no tenía importancia, ni la simpatía que le tenía Avar. Aquello debía diluirse. Todos eran Jedi, nada menos. Todos los presentes estaban conectados por lazos de emoción, historia y deber que los reforzaban. Habían luchado juntos, estudiado juntos, amado y perdido juntos. Filamentos de deberes, recuerdos, expectativas y experiencias compartidas flotaban en el ambiente.

El Gran Maestro Ry Ki-Sakka, célebre por su calma sobrenatural y mirada penetrante, dio dos palmadas y el jardín quedó en silencio, excepto por las fuentes.

—Hemos elegido este lugar para reunirnos —dijo el Gran Maestro, señalando aquel espacio con una mano— porque está repleto de vida. Es un recordatorio de todo lo que se perderá si fracasamos.

Su mirada pasó por todos los Jedi reunidos, antes de continuar en un tono salpicado de tristeza:

—Todos los seres vivos de la galaxia están amenazados de muerte. No es ninguna hipérbole. Nuestros estudios y nuestra observación, lo que percibimos en la Fuerza y las noticias que llegan de toda la galaxia apuntan a la misma conclusión. Si nadie la detiene, la Plaga consumirá hasta la última gota de Fuerza de toda la vida existente. Puede ser un proceso lento o acelerarse, no lo sabemos. Pero si no reaccionamos, acabará sucediendo antes o después. Todo, absolutamente todo, morirá.

Un estremecimiento recorrió a los reunidos. Elzar lo sintió con claridad. Los Jedi aprendían a dominar su miedo muy pronto, no podía ser lo que percibía... aunque lo parecía, sin duda.

—Hemos elaborado un plan —dijo la Maestra Rosason, unos pasos a la izquierda del Gran Maestro Ry Ki-Sakka.

Elzar admiraba mucho a Teri Rosason, a pesar de los puntuales desencuentros que habían tenido en el pasado. Era una mujer de opiniones firmes que no temía expresarlas, el tipo de Jedi que él aspiraba a ser... cuando le salieran canas y su cara se convirtiera en un pergamino dibujado por una vida intensa.

—La Plaga es el mayor enemigo de la Orden Jedi —dijo Rosason con dignidad—. Haremos todo lo necesario para detenerla, a cualquier precio. ¿Queda claro para todos los presentes?

Otra pausa. Nadie dijo nada. La Maestra Rosason miró a Yarael Poof, el quermiano de cuello largo y cabeza fina.

—Gracias al duro trabajo del Caballero Jedi Reath Silas y... otros —dijo Yarael—, ahora tenemos la certeza de que la Plaga está directamente relacionada con las criaturas que conocemos como Sin Nombre. La Plaga se propaga porque Marchion Ro y sus Nihil sacaron a los Sin Nombre de su planeta de origen.

Una leve agitación entre los reunidos. Algunos de los Jedi ya estaban al corriente, pero no todos. La idea de que un ser vivo tuviese tal conexión con la Fuerza que su ubicación en la galaxia pudiese afectar literalmente a todo lo que existía... era difícil de asimilar.

—Gracias al empeño y sacrificio de varios compañeros Jedi, hemos capturado a doce Sin Nombre. Los tenemos aquí encerrados, en el Templo.

Esta vez la agitación fue mayor. La idea de que aquellas bestias asesinas de Jedi, tan bien adaptadas para explotar sus debilidades, estuvieran en el mismo edificio...

—Los iniciados —dijo Bell Zettifar—, no pueden seguir aquí, si hay Sin Nombre.

—Están a buen recaudo y bajo vigilancia permanente, Caballero Zettifar —replicó Yarael Poof, balanceando la cabeza sobre su cuello largo y fino—. No hay lugar más seguro para los iniciados que el Templo Jedi. De todos modos, los Sin Nombre no estarán aquí mucho tiempo. Los vamos a llevar de vuelta a su planeta natal. Esa es la misión.

—¿Y con eso bastará? —preguntó Bell, pensando que si había cuestionado al Consejo una vez no perdía nada por hacerlo una segunda—. Solo tenemos doce Sin Nombre. Sabemos que los Nihil pudieron llevarse muchos más. Devolver las criaturas a su planeta es una buena obra... algo que debemos hacer, pero ¿el retorno de una docena aportará suficiente equilibrio para detener la Plaga?

—No tenemos la menor idea —respondió otro miembro del Consejo, Oppo Rancisis, con sus ojos brillantes asomando bajo la frondosa melena blanca que le cubría por completo la cabeza.

La punta de la cola de reptil del Maestro Jedi thispassiano dio un par de golpes en el suelo, un movimiento que Elzar interpretó como frustración.

—Pero tampoco tenemos elección —continuó Rancisis—. ¿No lo entienden? Esto es el fin. Es todo lo que tenemos.

El Maestro Lahru tomó la palabra, con las cámaras de resonancia de su enorme cabeza puntiaguda generando unas notas muy graves que recorrían a todos los presentes.

—Enviaremos un equipo de Jedi con los Sin Nombre capturados. Ellos los liberarán y determinarán si deben hacer algo más para devolver el equilibrio a la galaxia y poner fin a la Plaga.

—¿Nada más? —dijo Vernestra Rwoh—. No quiero parecer irrespetuosa, pero ¿ese el plan, Maestro Lahru?

—Paciencia, Vernestra —dijo Lahru—. Somos conscientes de que hay muchas incógnitas, pero el tiempo apremia. La Plaga se extiende, mientras nosotros no hacemos nada. Solo la hemos detenido en Kashyyyk, pero para hacerlo necesitamos a los drengir y se han extinguido. Esa solución ya no se puede aplicar en ningún otro sitio. Como ha dicho el Maestro Rancisis... esto es lo que tenemos.

Lahru levantó una mano y la extendió hacia los Jedi congregados en el centro de la sala-jardín.

—El equipo lo compondrán nueve personas. Otro equipo de otras nueve personas se mantendrá en la reserva, por si el primero encuentra dificultades y necesita ayuda o rescate. Son todos los Jedi que podemos liberar... nuestros recursos están muy limitados, entre nuestros esfuerzos por contener la Plaga bajo el Templo y los problemas que se producen en diversos puntos de la galaxia. Pero hemos elegido a los Jedi de ambos equipos con sumo cuidado y los que viajen con los Sin Nombre afrontarán su misión preparados.

El Maestro Lahru bajó la mano y levantó la extraña vara metálica del pedestal. Elzar habría dado todos sus créditos, si los tuviera, por mirarla desde más cerca. Quedaba claro que

era algún tipo de artefacto sintonizado con la Fuerza. Elzar había pasado más tiempo en los Archivos Jedi que ningún Jedi que conociera y jamás había visto nada igual.

—Esta es la Vara de los Tiempos —dijo Lahru—, conseguida con alto coste. Un poderoso artefacto antiguo. En su centro contiene una Piedra Eco. En determinadas circunstancias, estas piedras transmiten el eco de la Fuerza misma, lo que permite darle distintos usos. Han visto a Marchion Ro usando un artefacto parecido para controlar a los Sin Nombre. No sabemos aún sin la Vara de los Tiempos también posee esa capacidad, pero esperamos que pueda ser útil durante la misión.

Movió su enorme mano para señalar el pedazo de metal que seguía en el pedestal, brillando bajo la luz artificial del jardín.

—Lo siguiente... es una muestra de un mineral extraído del planeta Tolis, conseguida por Reath Silas, Cohmac Vitus y el padawan Amadeo Azzazzo. Es muy resistente a la Plaga. No tenemos una gran reserva de este mineral, pero los Maestros armeros Govenia e Infil'a creen que con lo que tenemos pueden construir armaduras protectoras capaces de amortiguar los efectos debilitantes que los Jedi solemos sufrir en las cercanías de los Sin Nombre. Nueve armaduras, ni una más... Tendrán que bastar.

Elzar pensó en los Jedi que el Maestro Lahru acababa de nombrar. Reath, Cohmac y los otros. Y muchísimos más, la Orden entera contribuyendo a la lucha contra los Nihil y sus distintos horrores. Algunos, demasiados, lo habían dado todo, incluso su vida.

La Maestra Soleil Agra intervino por primera vez, con sus enormes ojos oscuros posándose en todos los presentes.

—El equipo principal llevará los Sin Nombre a su planeta de origen en la *Ataraxia*. Hemos equipado el crucero y su lanzadera con celdas de contención especiales que permitirán transportarlos con seguridad. También solicitaremos que nos acompañe personal de la República, seres no usuarios de la

Fuerza que son inmunes a los efectos de los Sin Nombre. Si la canciller acepta, contaremos con su apoyo para manejarlos.

La nautolana de piel dorada titubeó, como si quisiera aumentar el suspense, pero Elzar la conocía bien. Estaba por encima de ese tipo de maniobras. Había hecho una pausa porque le generaba una profunda ansiedad, casi desespero, enviar nueve Jedi a lo que podía ser su final.

—Estos son los elegidos para el viaje —dijo, finalmente—. Estos son los Nueve: Terec, Burryaga, Arkoff, Bell Zettifar, Reath Silas, Ty Yorrick...

Muchas miradas se volvieron hacia la extraña, que mostraba una expresión que no era exactamente de enojo, pero que dejaba muy claro que desafiaría a cualquiera que cuestionase su derecho a participar en la misión.

—Elzar Mann, Avar Kriss y...

Soleil Agra hizo otra pausa, mientras Elzar pensaba que, de hecho, no le importaba demasiado quién fuera el último elegido. Avar y él estarían juntos. Después la Maestra Agra lo dijo y Elzar se dio cuenta de que sí le importaba. Y mucho.

—Azlin Rell —remató Agra.

Un estremecimiento recorrió la sala-jardín. A Elzar no le entusiasmaba la idea de ir a ningún sitio con Azlin Rell y quedaba claro que no era el único.

—Con el debido respeto, Maestra Agra —dijo—, no puede decirlo en serio. Azlin Rell ha abrazado el lado oscuro. En una misión como esta necesitamos confiar los unos en los otros. No podemos estar preocupados porque un Sith vaya a apuñalarnos por la espalda a la primera oportunidad que se le presente.

Soleil frunció los labios, pero antes de que pudiera responder, Reath Silas intervino desde debajo de un árbol alto, donde estaba plantado con los brazos cruzados. El joven Caballero parecía cansado y su voz sonó hueca:

—Azlin no es un Sith. Solo está asustado. Y lo necesitamos. Sabe más que nadie sobre los Sin Nombre y puede verlos

desde perspectivas distintas a las nuestras. Será esencial para determinar el camino a seguir cuando lleguemos a su planeta de origen.

—Si Azlin no es peligroso, Reath —dijo Bell—, ¿por qué está encerrado en una celda del ala de contención del Templo?

Todos los Jedi miraron a Reath. El joven erudito conocía al Jedi caído mejor que ninguno de los presentes, Yoda incluido, su opinión era relevante.

—Puedo manejar a Azlin —dijo Reath—. Yo... lo entiendo.

—Y si no puedes —dijo Bell—, nosotros nos ocuparemos de él.

Reath asintió.

—No será necesario.

Bell y Burryaga se miraron.

Vernestra Rwoh dio un paso al frente y se abrió paso entre los Jedi para dirigirse hacia los miembros del Consejo.

—No pretendo cuestionar su sabiduría —dijo—, pero necesito estar en el equipo principal. Soy la única que conoce la ruta al mundo de los Sin Nombre... me la dio Mari San Tekka. Se necesita un motor Camino Nihil, pero la *Ataraxia* dispone de uno. Debo estar en esa misión.

Yoda tomó la palabra por primera vez en toda la reunión:

—En el equipo auxiliar estás, Vernestra —dijo, en tono cordial pero firme.

—Pero... ¿cómo llegarán los Nueve a ese planeta? Soy la única que tiene el Camino. No puedo ponerlo por escrito... pasa algo raro en mi cabeza cuando lo intento. Es como si solo pudiera usarlo yo.

La joven Caballera parecía desconcertada.

Yoda volvió a hablar:

—Escribirlo no puedes, explicarlo sí. Tus informes hemos revisado. De ese Camino ya has hablado... con una shani, ¿ajá?

—Se refiere a Deva Lompop —respondió Vernestra—. Sí... puedo hacerlo. Por supuesto que sí. Lo haré.

—Ese no es el único motivo, Vernestra —dijo Ry Ki-Sakka—. Hemos repartido a los Jedi entre los dos equipos buscando el equilibrio. El segundo equipo ejercerá de refuerzo directo si las cosas se complican en la misión del principal. Si necesitan un rescate, será esencial tener a alguien en el equipo auxiliar con conocimiento directo de la ruta al planeta de los Sin Nombre y esa eres tú, Vernestra. El Consejo ha elegido cada equipo con cuidado para tener las máximas posibilidades de culminar la misión con éxito.

El Gran Maestro Ry Ki-Sakka continuó enumerando al resto de los miembros del equipo auxiliar: el sanador Torban Buck, Ceret, Indeera Stokes, Cohmac Vitus, Lily Tora-Asi, Zaviel Tepp, Kirak Infil'a y hasta un miembro del Consejo, Yarael Poof.

Elzar pensó en las dos listas y percibió la sabiduría tras la decisión del Consejo. Todos los elegidos tenían habilidades peculiares, cada uno la suya, o un conocimiento excepcional sobre la Plaga o los Sin Nombre. Y las conexiones dentro del grupo también eran potentes. Arkoff era un guerrero extraordinario con mucha experiencia en la lucha contra los Sin Nombre, pero además era el antiguo Maestro de Azlin Rell. Ty Yorrick poseía un don único con todas las criaturas y había trabajado con Elzar en varias ocasiones. Burryaga había sido el primer Jedi que entendió la naturaleza de la Plaga y la manera de contenerla con la Fuerza, además del amigo más cercano de Bell en la Orden. Etcétera. Cada miembro de los Nueve había sido seleccionado no solo por sus habilidades, sino también por los lazos que lo unían a otros miembros del grupo, su historia compartida.

Dicho esto, no acababa de tener muy claro por qué lo habían elegido a él. Sí, había intentado cosas inauditas. Eso era todo. Pero no dudaba que el Consejo tenía sus motivos.

Avar Kriss, no obstante... resultaba muy sencillo explicar su elección: los mantendría unidos a todos. Se volvió hacia ella. Su cara era indescifrable, todo lo contrario que su espíritu. Precioso.

—Parece que tendremos que ir a salvar la galaxia —le dijo ella, en voz baja—. Nosotros nueve. Como uno solo.

«Como uno solo», pensó Elzar.

Cuando la reunión concluyó, los Jedi se dispersaron por grupos. Elzar vio a Reath, Burryaga y Bell charlando. Bell tenía una mano sobre el hombro de Reath y sonreía al joven y tímido Caballero, como si intentase tranquilizarlo. Terec y Ceret se miraban fijamente a los ojos, inmersos en aquella comunicación mental a la que nadie más tenía acceso.

Vernestra estaba sola, mirando el pedazo de mineral del pedestal.

—Ve a hablar con ella —le dijo Avar—. Tú sabes lo que supone que el Consejo te niegue algo que crees haberte ganado.

Elzar asintió y cruzó el jardín para acercarse a la joven.

—Vernestra —le dijo—, lamento que no te hayan elegido. Y debo confesar que me ha sorprendido.

Ella lo miró y su cara de piel verde era cautelosamente neutra.

—La verdad es que no me lo esperaba, Elzar —dijo—. Pensaba que, después de llevar ese Camino en mi cabeza tanto tiempo... pensaba que serviría de algo. Que lo usaría.

—Lo usarás, Vernestra... aunque no como esperabas. Necesitamos esa información, toda la galaxia la necesita. Compartiendo tu conocimiento y dones, como todos nosotros, ayudarás a todos los seres vivos.

Ella no parecía muy convencida.

—Hace un tiempo compartiste conmigo una de las enseñanzas de Stellan Gios —le dijo Elzar—. No la he olvidado. «No importa lo buenos que seamos, ni cuánto queramos ayudar, lo único que importa es que hagamos todo lo que está en nuestras manos para ser lo mejor que podemos». Me dijiste que pensabas en eso cuando tu fe empezó a flaquear, cuando empezaste a dudar. Esas palabras me ayudaron. Quizá ahora también te ayuden a ti.

Vernestra lo miró con aire pensativo y asintió.

Una voz sobresalió entre el murmullo de las conversaciones... un gruñido agudo. Burryaga.

—Pregunta cuándo nos marchamos —tradujo Bell.

—Cuanto más la espera se alarga, más se pierde —dijo Yoda con firmeza—. Algunos preparativos debemos realizar, mientras los Maestros Govená e Infil'a forjan las armaduras de los Nueve. Un día o dos tardarán, ¿ajá? Hecho eso, os marcharéis.

Miró hacia arriba, a la vida que los rodeaba, que había por todas partes.

—Nuestra esperanza sois —añadió—. Luminosos sois. Que la Fuerza os acompañe.